HISTORIA DEL PENSAMIENTO

HISTORIA DEL PENSAMIENTO

Volumen IV
Los tiempos modernos

Hacia Marx

Nietzsche y la crisis del lenguaje filosófico

La situación de tránsito entre siglos

Hacia la situación actual

Ediciones Orbis, S.A.

Alexis de Tocqueville, un conservador liberal

Museo Carnavalet, París (Fot. Bevilacqua / Aisa)

En esta página, un cuadro de Champin ilustra el día de la proclamación de la II República francesa. Así lucía la ciudad de París el 4 de mayo de 1848, en momentos en que, según Marx, «la república pareció la evidencia por sí misma». La burguesía francesa aún creía que las urnas podían calmar al pueblo en armas.

Alexis de Tocqueville (1805-1859) se ha caracterizado a sí mismo como un aristócrata de instinto y demócrata por reflexión. Tal vez dicha mezcla esté muy generalizada en todo el liberalismo, especialmente el francés, sensiblemente menos progresista que el de Gran Bretaña. Tocqueville, al menos, tiene el valor de confesar que desprecia y teme a la multitud, que no ama la democracia; no obstante, era suficientemente lúcido para saber la dirección de los procesos históricos, la expansión del parlamentarismo, la ampliación creciente del censo electoral, la defensa de la sociedad respecto al ejecutivo, etc.

Un espectador excepcional

Tocqueville, nieto de aquel Malesherbes que, con vacilaciones, tanto protegiera a los enciclopedistas, vivió dos fases del liberalismo francés: la fase de la Restauración, bajo los reinados de Luis XVIII y Carlos X, con los liberales en la oposición, y la de los liberales en el poder, a par-

Museo Carnavalet, París (Fot. Planeta / J.L. Charmet)

Sobre estas líneas, París ya se muestra diferente. Es el año 1871, el de la Comuna, y tal como se ve en este grabado de época, la ciudad-luz es iluminada por el fuego incendiario de la lucha, y nada menos que de la lucha de clases. Inútiles las urnas, la burguesía dirige sus armas contra la rebelión obrera.

tir de 1830, en pleno apogeo del orleanismo. Claro está, también vivió la revolución de 1848, e incluso fue ministro en la Segunda República. Por tanto, Tocqueville fue un espectador de excepción del desarrollo del liberalismo, y su pensamiento liberal *no es ajeno a esas peripecias.*

Efectivamente, la formulación de los principios liberales en el siglo XVIII tiene el atractivo de su radicalismo, de su simplicidad filosófica. Los ilustrados y sus seguidores podían definir el liberalismo como defensa de la libertad económica, política, religiosa, filosófica. Era tan evidente su ausencia y tan lejano el horizonte de su realización, que la reivindicación podía mantenerse en el ámbito filosófico abstracto.

Una revolución, a lo lejos...

Benjamin Constant (1767-1830), el máximo representante del liberalismo francés bajo la Restauración, y que ya ve a distancia el momento revolucionario, ha de matizar el contenido de la

Museo Nacional de la Legión de Honor, París (Fot. Erich Lessing / Magnum-Zardoya)

Museo de Versalles (Fot. Bevilacqua / Alsa)

A la izquierda de estas líneas, Napoleón (pintado por Antoine-Jean, barón de Gros) en el momento de su primer consulado. A la derecha, un retrato del vizconde de Chateaubriand, según el pincel de Girodet. Estas dos imágenes quizá resumen a la perfección la parábola descrita por los sectores dominantes en la sociedad francesa a partir de 1789. Cuando los sans-coulottes *ganaron la calle y* el mundo de las luces *augurado por los enciclopedistas se tradujo en un* Graco Babeuf *que en las barricadas preguntaba: «¿Para qué sirven nuestros Derechos del Hombre si se opera una retrogradación alarmante y vuelven todos los vicios y la podredumbre del antiguo régimen?», la burguesía francesa se dio cuenta de que la historia se le podía ir de las manos. En definitiva, los* sans-coulottes *eran de temer mucho más que los viejos aristócratas al estilo de Chateaubriand. Napoleón apareció en el horizonte como una mágica síntesis entre la terrenalidad de los buenos negocios y las glorias imperiales. Por supuesto, ya en el poder, una de las primeras tareas de Napoleón fue ejecutar a Babeuf, un* tribuno *que en serio creía que todos los hombres debían ser* iguales *ante la ley. En esa época, el aristócrata vizconde de Chateaubriand se encontró con Napoleón y, seducido, apuntó en sus* Memorias *un verso de Dante: «¿Quién es este gran ser que no se preocupa por el incendio?».*

libertad reivindicada: «He defendido durante cuarenta años el mismo principio: libertad en todo, en religión, en literatura, en filosofía, en industria, en política; y por libertad entiendo el triunfo de la individualidad, *tanto sobre la autoridad que pretenda gobernar mediante el despotismo, como sobre las masas que reclaman el derecho de sojuzgar a la minoría.» El liberalismo se desplaza hacia la defensa de la* individualidad; *antes era incomprensible que libertad y razón pudieran oponerse, pero ahora se reivindica al individuo en su diferencia; se teme a la democracia y, cuando los liberales suben al poder en Francia, sólo se pasa de 80.000 a 200.000 electores.*

Una pasión invencible

El lema «la diversidad es la vida, la uniformidad es la muerte», que lanzara Constant, y que rezuma el culto al héroe, al genio, a la originalidad del romanticismo aristocratizante, es literalmente recogido por Tocqueville. Toda su obra está elaborada en torno a una misma preocupación: ¿cómo conciliar libertad *con* igualdad? *Porque Tocqueville es suficientemente racionalista para reconocer que, si hay razones para la libertad, también las hay para la igualdad; en cambio, ama la libertad y teme la igualdad. Éste es el drama de Tocqueville, y tal vez el de todo el liberalismo: aman más la libertad que la igualdad* [véanse textos n.º 1 y 2].

En la Démocratie en Amérique *(1835, 1840) reconoce que los hombres tienen una* pasión *de igualdad invencible, eterna, tanta como por la libertad. Por tanto, el rumbo de los tiempos apunta inexorablemente hacia la democracia y, en consecuencia, hacia el nivelamiento y la igualdad progresivos. En el* Ancien Régime et la Révolution

Museo de Versalles (Fot. Bevilacqua / Alau)

Sobre estas líneas, en un cuadro de Gérard, con una majestuosidad que se iba a encargar de desmentir la historia, Luis XVIII, rey de Francia. *Era el año 1814 y, en sus* Memorias de ultratumba, *François-René de Chateaubriand dice: «Mientras Bonaparte, un conocido del universo, escapaba de Francia en medio de maldiciones, Luis XVIII, olvidado de todos, salía de Londres bajo una bóveda de banderas blancas y de coronas.» Alexis de Tocqueville, también en esta página, sabía que ni este "inválido regio" ni nadie* restaura *la historia.*

(1856), obra de comprensión de un pasado histórico, la obsesión es la misma: la creciente centralización impuesta por la monarquía tenía como resultado la progresiva homogeneización del país, de sus regiones y sus estamentos.

Igualdad y masificación

Tocqueville tiene miedo al progreso, que él reduce a creciente e inevitable extensión de la igualdad. Por otro lado, lo ve como perteneciente a la época, como voluntad divina, por lo cual no tiene sentido oponerse al mismo, y de ahí su pesimismo [véase texto n.º 3]. *La igualdad es para Tocqueville casi equivalente a democracia, mientras que la desigualdad, la individualidad, equivalen a aristocracia. Igualdad, pues, quiere decir conquista por los ciudadanos de los derechos políticos, fin de las diferencias legales de* status, *estamento o rango, supresión de títulos nobiliarios y de los privilegios anexos...; en suma, final de la aceptación de la diferencia social, del respeto a la jerarquización de clases, de la ordenación familiar, etc.* [véase texto n.º 4].

Tocqueville, en la medida en que eran efectos inevitables del signo de los tiempos, no se opuso políticamente a tales tendencias. En cambio sí lo hizo a otro efecto de la democracia y la nivelación progresiva: la homogeneización cultural. Aunque no con mucho optimismo, se esforzó en mantener la diferencia de cultura, educación, sensibilidad... como cualidades constitutivas de la diferencia individual.

La democracia americana

Su análisis de la democracia americana, *que tendría un fuerte éxito, es un buen ejemplo del*

(Fot. Erich Lessing / Magnum-Zardoya)

Sobre estas líneas, una clara imagen de la rígida estamentación imperante en la sociedad medieval. En este grabado realizado en 1536, se ve el momento decisivo en que es dado el espaldarazo y el señor queda armado caballero. Con absoluta verticalidad, en la Edad Media todo poder era siempre delegación de un poder superior, el del rey, que, a su vez, emanaba de Dios.

esfuerzo que hace Tocqueville por ser objetivo, por aceptar y valorar algunos aspectos de la igualdad. Así, subrayaba cómo la supresión de las leyes feudales de la herencia posibilitó en América matrimonios más fieles y felices; elogiaba el carácter práctico e indiferenciado del discurso de los americanos; consideraba que habían cambiado las relaciones entre patronos y obreros, de modo que el contrato de trabajo obligaba a obedecer unas horas y no a una dependencia sin límites; e incluso afirmaba que la fuerte solidaridad entre ellos era efecto de la igualdad, argumentando como prueba el hecho de que la solidaridad no se extendía a los negros por no ser considerados iguales.

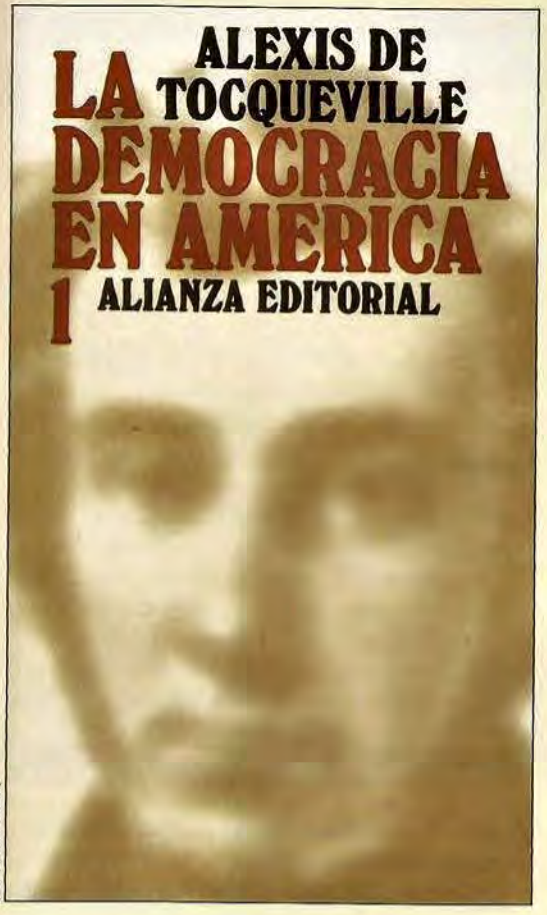
Movilidad social y competitividad

Ahora bien, junto al reconocimiento de estos y otros efectos de la democracia –algunos anecdóticos, como que el americano, en vez de salir fuera a divertirse, se encierre en casa y se emborrache, con lo cual al placer de seguir pensando en los negocios familiares une el de embriagarse lentamente al calor del fuego–, Tocqueville no deja de manifestar su preocupación. Por ejemplo, ve como negativa la terrible competencia, el irrefrenable deseo de mejorar la situación social, cosa que sólo se da en la democracia, no en un régimen de aristocracia bien cerrada. Junto a esa movilidad social y la competitividad aneja, Tocqueville lamenta la mediocridad de los americanos a la hora de hablar de cuestiones generales, filosóficas o históricas: privados de tradición aristocrática, se mecen en una confortable mediocridad. Otro aspecto negativo de la democracia es que en el país donde existe más libertad de pensamiento se da una escasa independencia del mismo y una casi nula discusión [véase texto n.° 5].

Un equilibrio de opuestos

Aunque Tocqueville no puede ocultar su instinto conservador, hay que reconocerle una posición objetiva. El pesimismo fue el refugio de quien estaba sometido a una batalla sin solución: instinto aristocrático y reflexión objetiva suficientemente lúcida para saber que la dirección del proceso histórico era la democracia, entendida como nivelación progresiva. Y como efecto de esa tensión, Tocqueville nos ha dejado un modelo de comprensión de la vida social centrado en el equilibrio de opuestos.

Tal vez por su pesimismo, lo cierto es que Tocqueville intentaba encontrar el elemento negativo al lado de los más optimistas: la vida como un dramático equilibrio de fuerzas opuestas. O, si se prefiere, él subrayó la idea de que el proceso histórico no es un regalo para el hombre, sino que éste ha de pagar un elevado precio por cada uno de los pasos del mismo.



(Fot. Archivo Orbis)

Democracia y mediocridad

La igualdad ayudará a elevar el nivel de vida de muchas personas, pero la sociedad ha de pagar el precio de la mediocridad; la libertad es un bien estimable, pero hay que pagar un precio en individualidad; la igualación económica se pagará con la despiadada competencia; la universalización de la educación supondrá la trivialización de los contenidos... [véase texto n.º 6]. *Así veía este liberal conservador, hijo de la* petite noblesse, *la marcha de la sociedad, viendo a los Estados Unidos a la cabeza del proceso, a Francia a la cola y a Gran Bretaña en el medio, pero todos en el mismo irreversible viaje. Eso sí, Tocqueville fue un espectador sin ira: prefirió una pesimista aceptación a una heroica oposición; aceptó la fatalidad y no quiso ser héroe de tragedia.*

(Fot. Camera Press / Zardoya)

En esta página, un nuevo horizonte de la historia: la estatua de la Libertad, al fondo, emerge como un sueño ante los ojos de los emigrantes europeos que, a comienzos de siglo, van arribando a Estados Unidos, tierra prometida donde la palabra democracia *está en boca de todos. Tocqueville, ya en 1835, había dicho en* La democracia en América: *«Una nueva sociedad ha nacido allende el océano.»*

Junto a esa idea de que en el proceso histórico la sociedad siempre paga un precio, Tocqueville dejó escrita la advertencia de la amenaza del individuo por el desarrollo de la libertad y la igualdad. Hoy, cuando son muchas las voces que se alzan reivindicando la diferencia, los derechos de las minorías, la resistencia a la uniformización..., y que a veces encuentran en Tocqueville argumentos para ilustrarla, tal vez valga la pena aplicar la idea central del propio Tocqueville: que la individualización implicará también un costo social. La diferenciación y sus encantos se paga con menos igualdad y libertad [véase texto n.º 7].

(Fot. Archivo Orbis)

Sobre estas líneas, una acción de 1865 de la California Petroleum Company. En agosto de 1859, en Titusville, el petróleo brotó por primera vez del subsuelo norteamericano. El mérito era del coronel *Drake, que así gustaba ser llamado, aunque jamás perteneció al Ejército y, según Tugendhart, «el único uniforme que vistió realmente fue el de agente revisor de ferrocarriles». Pero, a los pocos años, este mismo* coronel *iba a comprobar que en el fondo de esta nueva democracia la competencia imponía la selva. Sin ningún mérito, otro hombre iba a cosechar los dólares: Rockefeller,* el rey *de la Standard Oil.*

TEXTOS DE TOCQUEVILLE

1. La pasión por la libertad

«El gusto que los hombres tienen por la libertad y el que sienten por la igualdad son, en efecto, dos cosas distintas, y me atrevo a añadir que en los pueblos democráticos estas dos cosas son desiguales.

»Si se quiere fijar la atención, se verá que en cada siglo se encuentra un hecho singular y dominante del que dependen todos los demás; este hecho da casi siempre origen a un primer pensamiento o a una pasión principal, que acaba por atraer después hacia ella y por arrastrar en su curso todos los sentimientos y todas las ideas; es como un gran río hacia el cual parece correr cada uno de los pequeños arroyos que le rodean.

»La libertad se manifiesta a los hombres en diferentes tiempos y bajo diversas formas, y no se sujeta exclusivamente a un estado social, ni se encuentra sólo en las democracias; no podría, por lo mismo, formar el carácter distintivo de los siglos democráticos.

»El hecho particular y dominante que singulariza a estos siglos es la igualdad de condiciones, y la pasión principal que agita el alma en semejantes tiempos es el amor a esta igualdad.

»No hay que preguntar cuál es el atractivo singular que hallan los hombres de las épocas democráticas en vivir como iguales, ni las razones particulares que pueden tener para aferrarse tan obstinadamente a la igualdad, mejor que a los demás bienes que la sociedad les presenta. La igualdad forma el carácter distintivo de la época en que ellos viven, y esto basta para explicar por qué la prefieren a todo lo demás.» (La democracia en América.)

2. El amor a la igualdad

«No tengo necesidad de decir que la primera y la más viva pasión que la igualdad de condiciones hace nacer es el amor a esta misma igual-

dad, y no se extrañará que me ocupe de ella antes que de las otras.

»Cada cual ha observado que en nuestros días, y especialmente en Francia, esta pasión de la igualdad toma cada vez un lugar más amplio en el corazón humano. Se ha dicho muchas veces que nuestros contemporáneos tenían un amor más ardiente y más tenaz por la igualdad que por la libertad; pero no encuentro que se hayan averiguado bien todavía las causas de este hecho, y por tanto yo trataré de hacerlo.

»Imaginemos un punto extremo en que la libertad y la igualdad se toquen y se confundan: yo supongo que todos los ciudadanos concurran allí al gobierno, y que cada uno tenga para ello igual derecho. No difiriendo entonces ninguno de sus semejantes, nadie podrá ejercer un poder tiránico, pues, en este caso, los hombres serán perfectamente libres, porque serán del todo iguales, y perfectamente iguales porque serán del todo libres, siendo éste el objeto ideal hacia el cual propenden siempre los pueblos democráticos.» (La democracia en América.)

3. La decisión popular

«Cuando un pueblo comienza a intervenir en el censo electoral se puede prever que llegará, en un plazo más o menos largo, a hacerlo desaparecer completamente. Ésta es una de las reglas más invariables que rigen a las sociedades. A medida que se hace retroceder el límite de los derechos electorales, se siente la necesidad de hacerlos retroceder más todavía, porque, después de cada concesión nueva, las fuerzas de la democracia aumentan y sus exigencias crecen con su nuevo poder. La ambición de aquellos que se deja fuera del censo se irrita en proporción a los que se encuentran dentro. La excepción hácese al fin la regla; las concesiones se deducen sin interrupción, y no se detienen hasta que se ha llegado al sufragio universal.

»En nuestros días, el principio de la soberanía del pueblo ha tomado en los Estados Unidos todos los desarrollos prácticos que la imaginación puede concebir. Se halla desligado de todas las ficciones de que se ha tenido buen cuidado de rodearlo en otras partes. Se le ve revestirse sucesivamente de todas las formas, según la necesidad de los casos. Unas veces, el pueblo en masa hace las leyes como en Atenas; otras, los diputados elegidos por el voto universal lo representan y actúan en su nombre bajo su vigilancia casi inmediata.

»Hay países en donde un poder, en cierto modo ajeno al cuerpo social, obra sobre él y lo obliga a marchar en cierta dirección.

»Hay otros donde la fuerza está dividida, hallándose colocada a la vez en la sociedad y fuera de ella. Nada semejante se ve en los Estados Unidos. La sociedad obra allí por sí misma y sobre sí misma. No existe poder sino dentro de su seno; no se encuentra a nadie casi que se atreva a concebir y sobre todo a expresar la idea de buscar ese poder en otro lado. El pueblo participa en la composición de las leyes por la selección de los legisladores, en su aplicación por la elección de los agentes del poder ejecutivo y se puede decir que del mismo gobierno, tan restringida y débil es la parte dejada a la administración y tanto se

(Fot. Archivo Orbis)

(Fot. Archivo Orbis)

En esta página, un cartel de 1859 anuncia el detalle *de una próxima subasta de esclavos en Estados Unidos. Sobrepuesto sobre el mismo, otro cartel convoca a los electores a votar por el* sí *a la enmienda para la apertura y prolongación de los canales interiores en Estados Unidos, a fin de asegurar un arribo más rápido y barato de los productos de la costa oeste. Thomas Jefferson, al redactar el Acta de la Independencia de Estados Unidos, sentó el trípode del esquema de valores norteamericano:* vida, libertad *y* búsqueda de la felicidad. *Era el año 1776. Cinco lustros después, la* conquista del Oeste *mostró los primeros indicios de que la expansión interna del capitalismo americano iba en serio, pero también dejó en claro que América, la democracia soñada por Tocqueville, no daría más espacio a la población indígena que el de los* western. *No pasaría mucho más tiempo para ver que la expansión capitalista de EE.UU. trascendía sus fronteras: en 1860 invade Nicaragua y Panamá.*

Biblioteca Nacional, París (Fot. Aisa)

Sobre estas líneas, una imagen de la fiebre del oro *en California, uno de los acicates mayores de la expansión económica hacia el siempre* lejano Oeste. *Este grabado de 1848 refleja la actividad febril de estos pioneros encandilados por el sueño del rápido enriquecimiento, y que luego se trasladaría al crecimiento económico en su totalidad. Entre 1860 y 1914, la población norteamericana pasa de 31,3 a 91,9 millones de habitantes, de los cuales un 21 % son inmigrantes; la mano de obra aumenta en un 700 %, la producción en un 2.000 % y el capital invertido crece en un 4.000 %. Sin embargo, este estallido capitalista, al igual que en Europa, no iba a dejar de acarrear fuertes contradicciones: en 1886 nace la* American Federation of Labor, *que es la primera organización obrera en Estados Unidos.*

resiente ésta de su origen popular, obedeciendo al poder del que emana. El pueblo dirige el mundo norteamericano como Dios lo hace con el universo. Él es la causa y el fin de todas las cosas. Todo sale de él y todo vuelve a absorberse en su seno.» (La democracia en América.)

4. Anonimato e indiferenciación

«En los pueblos democráticos, nuevas familias surgen sin cesar de la nada, otras caen en ella a cada instante, y todas las que existen cambian de faz: el hilo de los tiempos se rompe a cada paso y la huella de las generaciones desaparece. Se olvida fácilmente a los que nos han precedido y no se tiene idea de los que seguirán. Los que están más inmediatos son los únicos que interesan.

»Cuando cada clase se acerca y se confunde con las otras, sus miembros se hacen indiferentes y como extraños entre sí.

»La aristocracia había hecho de todos los ciudadanos una larga cadena que llegaba desde el aldeano hasta el rey. La democracia la rompe y pone cada eslabón aparte.

»A medida que las condiciones se igualan, se encuentra un mayor número de individuos que, no siendo bastante ricos ni poderosos para ejercer una gran influencia en la suerte de sus semejantes, han adquirido, sin embargo, o han conservado, bastantes luces y bienes para satisfacerse a ellos mismos. No deben nada a nadie; no esperan, por decirlo así, nada de nadie; se habitúan a considerarse siempre aisladamente y se figuran que su destino está en sus manos.

»Así, la democracia no solamente hace olvidar a cada hombre a sus abuelos; además, le oculta sus descendientes y lo separa de sus contemporáneos. Lo conduce sin cesar hacia sí mismo y amenaza con encerrarlo en la soledad de su propio corazón.» (La democracia en América.)

5. Como viajeros en un gran bosque...

«Lo que digo de los norteamericanos se aplica a casi todos los hombres de nuestros días. La variedad desaparece del seno de la especie humana; los mismos modos de obrar, de pensar y de sentir se encuentran en todos los ámbitos del mundo, y esto no viene solamente de que todos los pueblos se comuniquen más y se copien con más fidelidad, sino de que, separándose los hombres cada día más en todos los países de las ideas y sentimientos peculiares de una casta, de una profesión o de una familia, llegan simultáneamente a lo que tienen más cerca: la constitución del hombre, que es en todas partes la misma. Así se hacen semejantes, sin que jamás se hayan imitado. Son como viajeros esparcidos en un gran bosque, cuyos caminos conducen a un mismo sitio. Si descubren todos a la vez el punto céntrico y dirigen sus pasos hacia él, se acercan insensiblemente los unos a los otros sin buscarse, sin verse y sin conocerse, y al fin se sorprenden al encontrarse unidos en el mismo lugar. Todos los pueblos que toman por objeto de su estudio y de su imitación, no a tal o cual hombre, sino al hombre mismo, acabarán por encontrarse con las mismas costumbres, como esos viajeros en el punto céntrico.» (La democracia en América.)

6. El peso de la opinión pública

«Ya he mostrado en el capítulo precedente que la igualdad de condiciones hacía concebir a los hombres una especie de incredulidad por lo sobrenatural, y una idea muy alta y frecuentemente exagerada sobre la razón humana.

»Los hombres que viven en estos tiempos de igualdad, son difícilmente conducidos a colocar el poder intelectual a que se someten, ni encima ni fuera de la humanidad. Así es que siempre buscan en sí mismos o en sus semejantes el origen de la verdad. Esto basta para probar que no podía establecerse en esos siglos una religión nueva, y que todas las tentativas para hacerla nacer no sólo serán impías, sino ridículas e irracionales. Puede preverse desde luego que los pueblos democráticos no creerán fácilmente en las misiones divinas, se burlarán con gusto de los nuevos profetas y querrán encontrar en los límites de la humanidad, y no más allá, el árbitro principal de sus creencias.

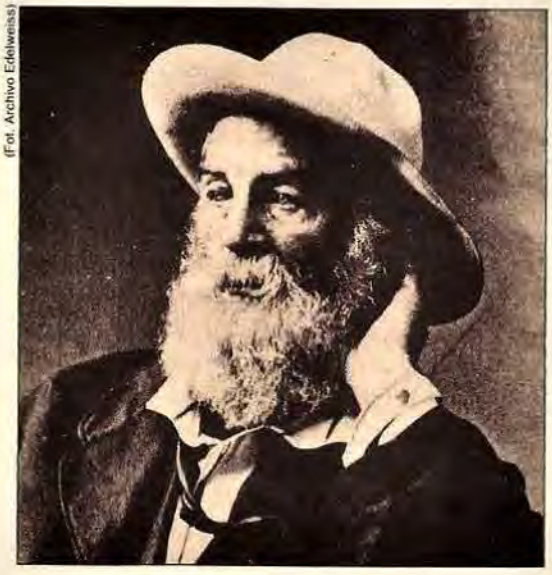
»Cuando las condiciones son desiguales y los hombres diferentes, hay algunos individuos muy ilustrados y poderosos por su inteligencia, y una multitud muy ignorante y harto limitada. Los que viven en tiempos de aristocracia son conducidos naturalmente a tomar por guía de sus opiniones la razón superior de un hombre o de una clase, encontrándose poco dispuestos a reconocer la infalibilidad de la masa.

»En los siglos de igualdad sucede lo contrario, porque a medida que los ciudadanos se hacen más iguales, disminuye la inclinación de cada uno a creer ciegamente a un cierto hombre o en determinada clase. La disposición a creer en la masa se aumenta, y viene a ser la opinión que conduce al mundo.

»La opinión común no sólo es el único guía que queda a la razón individual en los pueblos democráticos, sino que tiene en ellos una influencia infinitamente mayor que en ninguna otra parte. En los tiempos de igualdad, los hombres no tienen ninguna fe los unos en los otros a causa de su semejanza; pero esta misma semejanza les hace confiar de un modo casi ilimitado en el juicio del público, porque no pueden concebir que, teniendo todos luces iguales, no se encuentre la verdad al lado del mayor número.

»Cuando el hombre que vive en los países democráticos se compara individualmente a todos los que le rodean, conoce con orgullo que es igual a cada uno de ellos; pero cuando contempla la reunión de sus semejantes y viene a colocarse al lado de este gran cuerpo, pronto se abruma bajo su insignificancia y su flaqueza. La misma igualdad que lo hace independiente de cada uno de los ciudadanos en particular, lo entrega aislado y sin defensa a la acción del mayor número.» (La democracia en América.)

¿Qué mejor texto junto al rostro de Walt Whitman que estos versos suyos del Canto a mí mismo*? «¿Qué es esto?, me dijo un niño mostrándome un puñado de hierba./ ¿Qué podría yo responderle?/ Yo no sé lo que es la hierba tampoco./ Tal vez es la bandera de mi amor, tejida con la sustancia verde de la esperanza./ Tal vez es el pañuelo de Dios,/ regalo perfumado que alguien ha dejado caer con alguna intención amorosa./ Acaso en alguno de sus picos ¡mirad bien! hay un nombre,/ una inicial/ por donde conozcamos a su dueño./ Pienso también que la hierba es un niño,/ el recién nacido del mundo vegetal./ ¿O es acaso un jeroglífico uniforme cuyo significado es nacer en todas partes:/ en las zonas pequeñas/ y en las grandes,/ entre los negros/ y los blancos,/ para darse a todos/ y para recibir de todos?» (La traducción pertenece a León Felipe.)*



(Fot. Archivo Edelweiss)

7. Condiciones de vida democráticas

«Si la razón parece más útil para los hombres que el genio; si vuestro fin no es el de estimular virtudes heroicas sino hábitos pacíficos; si preferís ver vicios antes que crímenes y ver acciones menos importantes, pero también menos arriesgadas; si en lugar de actuar en una sociedad brillante, es suficiente vivir en una sociedad próspera; si, en resumen, el objeto principal del gobierno no está, según vosotros, en dar al cuerpo entero de la nación la mayor fuerza y gloria posible, sino en procurar a cada uno de los individuos que la componen más bienestar y menos miseria, entonces igualad las condiciones de vida de todos ellos y cread instituciones democráticas...» (La democracia en América.)

José Manuel Bermudo
Profesor de Historia de la filosofía en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona

Bibliografía básica

Obras de Tocqueville

ALEXIS DE TOCQUEVILLE: *Oeuvres complètes* (París: Gallimard, 1951 y ss.); *El Antiguo Régimen y la Revolución* (Madrid: Guadarrama, 1969; Alianza Editorial, 1982, 2 vols.); *La democracia en América* (Madrid: Guadarrama, 1969; Alianza Editorial, 1980, 2 vols.).

Obras sobre Tocqueville

J. P. MAYER: *Alexis de Tocqueville* (Madrid: Tecnos, 1965).
A. A.-V. V.: *Alexis de Tocqueville* (París: CNRS, 1961).